

¿UNA HISTORIA OCULTADA O UNA HISTORIA ASESINADA? LAS MENTALIDADES, ENTRE EL APOGEO Y LA CRISIS *

ARIEL GUIANCE **

Han pasado unos sesenta años desde el surgimiento de la controvertida "historia de las mentalidades". Nacida en el marco de una profunda renovación historiográfica que afectara los ámbitos académicos europeos en las décadas de 1930 y 1940, esta nueva historia conoció desde entonces una fructífera aunque accidentada carrera. De su patria de nacimiento -Francia-, las mentalidades se extendieron luego a otros espacios geográficos como un dulce canto de sirena que subyugó -y aún subyuga- a generaciones de historiadores. De su estrecho encuadre conceptual pasó a englobar todo un conjunto de temas y postulados que quizás acabarían desvirtuando tanto sus objetivos como sus intereses iniciales. Alabada y rechazada, disfrazada con otros ropajes, denostada como antihistórica -o, peor aún, ahistórica-, imitada por otras disciplinas, la historia de las mentalidades -según algunos de sus grandes promotores-, ya ha muerto.

¿Es que sólo se trató de una moda y, por lo mismo, ya ha pasado de moda? En otras palabras, ¿fue creada en virtud de una auténtica necesidad de renovación del quehacer histórico o sólo por la voluntad de adecuarse a ciertas corrientes intelectuales en boga? Si contestamos afirmativamente a la primera parte de la pregunta -la historia de las mentalidades significó una profunda transformación en la manera de entender y hacer la historia-, por tanto inevitablemente debemos cuestionarnos ¿por qué habría de terminar entonces de manera tan abrupta -o bien por qué algunos intentan desplazarla, lo que resulta más problemático de responder-? En cambio, si

* Este trabajo es una versión de la ponencia que presentara en el Congreso Internacional "La historia, a debate", celebrado en Santiago de Compostela, España, en julio de 1993.

** CONICET / Universidad Nacional de Buenos Aires.

nos inclinamos por la segunda parte -las mentalidades sólo representaron un *aggiornamento* historiográfico sin consistencia teórica-, habría que preguntarse ¿cómo se explica que éstas hayan ejercido -y repito que, para muchos, aún ejercen- una influencia tan significativa, pocas veces alcanzada por otras orientaciones historiográficas en tan breve tiempo? Al fin y al cabo, una historia sin marco conceptual resulta muy difícil de instrumentar y de aplicar heurísticamente ¿O quizás fue esa misma falta de marco conceptual lo que la hizo tan atractiva?

Mi propósito en este breve trabajo no es el de resolver esta gran cantidad de interrogantes sino sólo señalar algunos hitos en la trayectoria seguida por la historia de las mentalidades. Para ello, me centraré en ciertos trabajos fundamentales sobre el tema, ampliamente conocidos por el valor programático que tienen en el intento de caracterizar esta orientación -que, por cierto, no abunda en este tipo de estudios-. Ello me permitirá trazar una sintética evolución del género y, en particular, llegar al controvertido asunto de por qué muchos especialistas en mentalidades -algunos de ellos considerados como los grandes difusores de las mismas- se esfuerzan hoy en ignorarlas o bien decretan lisa y llanamente su desaparición ¿Es que la criatura se volvió finalmente contra sus creadores?

En primer lugar, recordemos muy rápidamente la trayectoria seguida por la historia de las mentalidades. Como es bien sabido, ella tuvo su carta de nacimiento en la labor de los hombres que fundaron la revista *Annales*, Marc Bloch y Lucien Febvre. Entre ellos, en especial Lucien Febvre es señalado como el primer teórico de esta historia (aunque habría que indagar si pretendió realmente formular una nueva corriente, al menos como tal), con sus artículos de fines de la década del '30 y principios de los '40.(1)

Habrá que esperar hasta los '60 -1961 con mayor precisión- para conocer una segunda teorización sobre el tema, de la mano de Georges Duby (que, por cierto, la modificaría años después).(2)

Este inmenso salto temporal ya resulta sumamente significativo. De hecho, desde nuestra perspectiva, la historia de las mentalidades parece haber conocido una trayectoria ininterrumpida desde Febvre y Bloch hasta el presente. Sin embargo -como bien lo ha demostrado Jacques Revel-(3) la historia de las mentalidades sufrió una primera gran crisis en los años '50, cuando fue prácticamente arrasada por la historia económica primero y la económico-social después. Personalmente, creo que hay que insistir en este hecho por dos motivos: por un lado, porque la supuesta crisis actual de la historia de las mentalidades -ya veremos si realmente es tal- no sería por tanto el primer traspie sufrido por la orientación (también el eclipse de los años 50 parecía haber decidido la suerte definitiva de la misma) y, en segundo término, porque si de algo sirvió esa primera crisis fue para reacomodar la estructura interna de esta nueva historia, redefiniendo algunos postulados de Febvre y Bloch -especialmente en lo que hace a la distancia que, en particular el primero, establecía entre lo mental y lo material, entre ese mundo de las ideas y las condiciones reales que les daban

sustento-.

Pero, volviendo a los años 60, aquella caracterización de Duby fue seguida en 1968 por una tercera, producto del análisis de Robert Mandrou.⁽⁴⁾ ¿Qué tenían en común estas tres primeras conceptualizaciones -dejemos ahora de lado el intermedio antes señalado-, que se han aceptado como el *corpus* teórico de la historia de las mentalidades? En primer lugar, un carácter integrador (pretendiendo incluir en ella la "configuración histórica" total que se forjan los hombres de un tiempo y un espacio dados). En segundo término, un claro alejamiento del análisis de tipo individualista, enfatizando por el contrario la dinámica de las relaciones humanas -lo cual creó un serio problema implícito como es el del supuesto clasismo o interclasismo de una mentalidad-. Por último, un cierto planteo metodológico que se deslizaba hacia lo que podríamos llamar un análisis de psicología social o psicología histórica.

A estas primeras conceptualizaciones les sucedieron en la década siguiente las que enunciaran Jacques Le Goff, Philippe Ariès y Georges Duby -éste, ofreciendo una versión modificada de la anterior-. En el caso de Le Goff -uno de los mejores cultores del género-, su idea acerca de esta historia se resumía en el título que diera a su trabajo (convertido ya en un clásico sobre el tema): "Las mentalidades, una historia ambigua".⁽⁵⁾ Recordemos la definición de historia de las mentalidades que nos ofrece el autor en el mismo: "Historia, no de los fenómenos 'objetivos' sino de la *representación* de esos fenómenos, la historia de las mentalidades se alimenta naturalmente de los documentos de lo imaginario".⁽⁶⁾ En estos términos, en 1974 (fecha de edición del trabajo), Le Goff anunciaba lo que sería la evolución futura de la disciplina: las *mentalidades* eran *representaciones* inferidas de lo *imaginario*. La historia de las mentalidades -de relativamente pocos años de vida- parecía estar comenzando a diluirse en un confuso conglomerado de fórmulas donde abundaban los nombres y faltaban las conceptualizaciones.

Por otra parte y de manera coincidente -o no-, eso es lo mismo que ocurre con la segunda teorización, la de Georges Duby (que dejaba de lado su primer enunciado en el que decía que la historia de las mentalidades era "la observación...de las situaciones entre las personas y los grupos y de las modificaciones que engendran";⁽⁷⁾ una historia que quería estar "atenta a los *modelos* culturales y a las reacciones personales"), para hablar ahora -en un artículo que apareció junto al de Le Goff en el mismo volumen colectivo- de "fenómenos mentales", "comportamiento", "actitudes mentales" y terminar analizando lo que consideraba como una parte de esos "fenómenos", la ideología.⁽⁸⁾

A su vez, la tercera gran caracterización de mentalidades de la época, la de Philippe Ariès -incluida en esa suerte de texto bíblico de la historiografía francesa que constituyó *La nouvelle histoire*-,⁽⁹⁾ difumina un poco más la idea, que resume como todas aquellas actitudes y valores que, aceptados en una época, son objeto de rechazo en otras: "Algunas cosas son concebibles, aceptables, en una cierta época, en una cierta cultura y dejan de serlo en otra época y en otra cultura".⁽¹⁰⁾ Así, según Ariès, la historia de las mentalidades analizaría la distancia que separa nuestros

valores de los pasados. Repitamos, habla de la *distancia* y no del por qué o cómo se alteran dichos valores, elementos que faltan en las obras de Ariès que -aunque severamente juzgado por ello- no deja de seguir incitando ideas y sugiriendo investigaciones.

Llegamos así a los años '80, que también conocieron nuevas teorizaciones sobre el asunto. Entre ellas, recordemos dos -una aparecida a comienzos de la década y la otra al finalizar la misma-: me refiero a las de Michel Vovelle y Alain Boureau.

En el caso de Vovelle -que se acerca a las mentalidades después de una larga y fructífera carrera en la historia social-, esta historia queda definida como el "estudio de las meditaciones y de la relación entre las condiciones de vida de los hombres y la manera en que la cuentan y aun en que la viven".(11) Con ello, Vovelle hace intervenir en su planteo, por un lado, el problema de lo real y de lo mental en un mismo nivel ("relación dialéctica", dice) y, por otro, la idea de inconsciente y de construcción de una mentalidad.

Por su parte, Alain Boureau vuelve al asunto en 1989, en un artículo cuyo solo título es revelador: "Proposiciones para una historia *restringida* de las mentalidades".(12) Como vemos, para ese entonces ya se sugería una historia "restringida" -con lo cual habría que pensar que también existía una idea de mentalidades tan extendida que resultaba inasible-. Por otra parte, la inclusión de este trabajo en un número especial de la revista *Annales* -la misma que contribuyera a difundir esta historia-, dedicado a una revisión crítica de la historiografía que ella misma representara, demuestra una vez más -como bien lo señala el propio Boureau- que para esa fecha la historia de las mentalidades ya estaba atravesando una profunda crisis.

Ahora bien, ¿cuál es la idea de mentalidades que propone este autor? Centrándose en el problema del valor colectivo de una mentalidad -esto es, en la trascendencia social que debe tener toda mentalidad para definirse como tal-, Boureau sostiene una conceptualización que reduce el campo de esta historia a aquellas ideas y valores sociales que sean generales -esto es, verificables en los rastros empíricos-, genéricos -deducibles de un caso particular y supuestamente difundidos a sectores más amplios- y colectivos y singulares -el trasfondo común y el caso excepcional (para ejemplificar esto último, Boureau recurre al ejemplo de Menocchio)-. Con estas coordenadas, el autor concluye que "la historia restringida de las mentalidades puede intentar escribir una especie de gramática del asentimiento (y no de la creencia o de la adhesión)..."(13) Por último, para efectuar un estudio de este tipo, Boureau propone una metodología basada en el análisis lingüístico, afirmando así una tendencia general de cierta historiografía contemporánea que busca en la semántica la confirmación de la existencia de tal o cual concepto histórico. En este último sentido, hay que recordar que si bien los vocablos manifiestan adecuadamente la presencia de cierta categoría histórica, la falta de los mismos no es señal unívoca de su ausencia -y aquí un ejemplo concreto lo podemos encontrar en el *Purgatorio* de

Jacques Le Goff, libro deslumbrante desde muchos puntos de vista pero que quizás adolezca de falta de regionalización geográfica y de una obsesión semántica a ultranza-.(14)

Pero, si volvemos a las mentalidades, resulta curioso comprobar cómo el ciclo teórico de la disciplina se comienza a cerrar con este trabajo del año '89 con una propuesta de definición que vuelve a sus inicios, más concretamente a la idea que Mandrou lanzara veinte años antes: las mentalidades -dice Alain Boureau- serían esos "universos de creencias" (imagen que recuerda aquellas "concepciones del mundo" de Mandrou), internalizadas en el pensamiento humano, que establecen relaciones dialécticas con otras concepciones sociales y *mentales* en un juego de mutuo crecimiento y transformación.

Tomemos por último dos caracterizaciones de mentalidades recientemente aparecidas: la de Georges Duby y la de Aaron Gurevic. En el primer caso, Duby -que esboza así una tercera versión sobre el tema- al tiempo que rechaza la palabra *mentalité*, señala que las mentalidades son "el conjunto *flou* [creo que el término no necesita traducción] de imágenes y de certezas irracionales a las que se refieren todos los miembros de un mismo grupo".(15) De inmediato, se apresura en aclarar que con esto no está aludiendo al inconsciente colectivo -el gran estigma de las mentalidades- sino a ese "magma confuso de presunciones heredadas a las que, sin prestar atención pero sin alejarlas de su espíritu, se hace referencia en todo momento".(16)

Finalmente, recordemos las palabras que Aaron Gurevic ha dedicado al asunto en su reciente obra *Historical Anthropology of the Middle Ages*.(17) En ella -y ateniéndose a una cierta ortodoxia conceptual-, mentalidad es definida como "un equipo intelectual común y específico, un armazón psicológico compartido por los miembros de una sociedad dada, unida por una cultura particular, que les permite percibir y captarse a sí mismos y a su entorno natural y social".(18) Para llevar a cabo su estudio, Gurevic propone un análisis psicohistórico, esto es, de identificación y comprensión de la realidad profunda común, propia a cada sociedad. Sin embargo, ese es el mismo objetivo que el autor sugiere para esta nueva "antropología histórica" que da título a su obra, con lo cual no queda claro dónde está el límite preciso que separa la historia de las mentalidades de la antropología histórica -más bien esta última parece subsumir a la primera-, aunque tampoco se entiende muy bien cómo y por qué se produce esta fusión.

Lo que vuelve a llamar la atención es que estas dos últimas caracterizaciones -que he transcrita literalmente dada su novedad- confirman ese decidido retorno del que hablamos, a una idea de mentalidad como "visión del mundo" -convergencia tanto más llamativa cuando al mismo tiempo se declara la culminación del ciclo cumplido por ésta-.

Llegados a este punto se impone un balance: la historia de las mentalidades parece haber padecido en su azarosa existencia de una suerte de síndrome de evasión. Sus fundadores o grandes difusores -aunque la cultivaban empíricamente-

le negaron una caracterización específica, limitándose a incorporarla poco a poco a orientaciones historiográficas mayores que pasaron a incluirla y, al mismo tiempo, a ocultarla (aun cuando estas últimas seguían desarrollando el espíritu de aquélla). En este sentido, parte de la historiografía -y, en especial, debo aludir a la francesa que le diera origen- actuó en una auténtica *fuga hacia adelante*: no se había acabado de definir conceptualmente el campo de la historia de las mentalidades cuando ésta quedó inmersa -o, al menos, sustancialmente relacionada- a una historia del imaginario (aún más difícil de caracterizar) y luego ambas acabaron en esta nueva "antropología histórica" que hoy lleva la delantera. Es sintomático, de hecho, que uno de los últimos coloquios de la Sociedad de Medievalistas franceses -en el que se hiciera un balance de la producción historiográfica desarrollada en ese país en los últimos años-, incluyera un apartado dedicado específicamente a esta nueva "antropología histórica", en tanto las mentalidades figuran en otro trabajo con el calificativo de "religiosas" -cuando, en sus orígenes, las mentalidades tenían cierto tinte antirreligioso, ya que con ellas se intentaba recuperar las vivencias mentales alejadas de los cánones ideológicos-.⁽¹⁹⁾

En segundo lugar, la reacción generalizada contra la historia de las mentalidades en la última década y comienzos de la actual parece haberse centrado en un tema que provocó largos debates en los años anteriores -y, sobre todo, numerosas críticas-: el sentido temporal que debía tener esta historia. En efecto, surgida en el marco de un estructuralismo extensivo -que, por cierto, no sólo imperó en el ámbito historiográfico-, una de las acusaciones más corrientes que se hizo a las mentalidades de los años 70 y 80 fue su falta de contenido histórico: los cambios y las transformaciones se diluían en muchos casos en medio de confusas circunstancias y no se advertía -al menos, en ciertas obras- la manera en que se produjo el pasaje de unas mentalidades a otras (y a veces ni siquiera aparecían los hechos históricos que pudieron haberlas alterado). Retengamos este problema porque quizás nos ayude a analizar el supuesto fin de la disciplina.

Por último -y en esto hay una continuidad admirable desde los primeros trabajos de Febvre y Bloch hasta la actualidad-, la historia de las mentalidades nació y creció bajo el signo de la interdisciplina. En particular, la psicología -como era de esperar-, la literatura, el arte y la antropología parecían ser las orientaciones privilegiadas para encarar este tipo de trabajo histórico. Por otro lado, lo mismo ocurría con las fuentes: "todo es fuente para el historiador de las mentalidades...", decía Le Goff en el artículo citado.⁽²⁰⁾

Quizás este problema de la interdisciplina también nos ayude a encontrar otra posible explicación sobre el ocaso de las mentalidades. Al buscar ávidamente su material y su metodología en otras orientaciones, algunos trabajos sobre el tema dieron lugar a análisis interesantes pero carentes de matiz histórico -y no me estoy refiriendo solamente al problema de la temporalidad-. Por cierto, no quiero con esto desvalorizar esas aproximaciones -algunas, en verdad, muy interesantes-, sino sólo cuestionar su real pertenencia al género. Esta observación, por otro lado, nos plantea

otro serio problema implícito de la historiografía actual -al que no voy a entrar ya que merecería un estudio preciso y mucho más detallado-, cómo se entiende esa interdisciplina. Es decir, ¿la interdisciplinariedad, tal como se lleva a cabo en el presente, es un auténtico producto de la relación conceptual y metodológica de las distintas ciencias o sólo el traspaso simbólico de algunas categorías y títulos de una disciplina a otra? ¿o quizás una búsqueda desenfadada, por parte de algunas, de temas, elementos y material en las restantes? ¿Fue esto último lo que ocurrió con la historia de las mentalidades?

En estas circunstancias, llegamos a la presunta muerte de la orientación, aparentemente acaecida a mediados de los años '80 (aunque anunciada mucho antes). En verdad, el interesante trabajo de Boureau de 1989 que comentamos, comenzaba precisamente anunciando ese deceso y quizás hasta pretendía ser un intento -¿desesperado?- por salvar dicha historiografía. Otro tanto nos decía Georges Duby, un par de años atrás, al afirmar: "Ya no empleo la palabra mentalidad. No es satisfactoria y no tardamos en darnos cuenta de ello".(21) Sin embargo, Duby no nos aclara cuál fue el término que la reemplazó y tampoco nos manifiesta por qué, poco después de esa frase, brinda una definición de mentalidades.

¿Cuáles pueden ser los motivos que hicieron que las mentalidades sufrieran esta crisis? En este caso, nuestras observaciones deben basarse no tanto en los trabajos teóricos que caracterizaron a esta historia sino en el conjunto de la producción historiográfica desarrollada sobre el tema. Me parece importante esta aclaración porque no quiero caer en un análisis "político" del asunto -del que han aparecido un par de ejemplos, en los que las transformaciones historiográficas actuales son entendidas como un producto de los manejos de poder e influencia llevados a cabo por sus representantes-.

Ahora bien, si hablamos de una crisis actual de las mentalidades -al menos en lo que hace a su caracterización terminológica-, habría que destacar en primer término que esa crisis no parece haber sido "natural" sino más bien "provocada". En otras palabras, si la *historia de las mentalidades* ha terminado sus días, no lo ha hecho de *morte propria* -como dirían las crónicas medievales- sino como víctima de un asesinato. ¿Qué fue lo que asustó de la historia de las mentalidades para que hubiera que deshacerse de ella?

Creo que encontramos una posible explicación en las apreciaciones de Duby que acabamos de citar. Recordemos que, inmediatamente después de ofrecer la definición de mentalidades que considera más adecuada en el presente, Duby se apresura en subrayar que no quiere aludir con ella al "inconsciente colectivo", concepto -a su juicio- falaz. Sin duda, esta noción de "inconsciente colectivo" significó un grave problema para la historia de las mentalidades, al menos desde dos puntos de vista: por un lado, entendida la mentalidad como una suerte de trasfondo oculto del pensamiento -sólo entrevisto en ciertos momentos y a partir de ciertas fuentes-, se imponía un tipo de análisis que no era propiamente histórico sino

fenomenológico; en segundo lugar, esa noción de "inconsciente colectivo" tiende a identificar a la mentalidad como una estructura compartida por todo el conjunto social -aun cuando, en su momento, Le Goff aclaró que "la coexistencia de varias mentalidades, en una misma época y en un mismo espíritu, es uno de los datos *delicados*, pero *esenciales*, de la historia de las mentalidades".(22) De esta confusión -o deliberada interpretación- de las mentalidades a un trabajo de "fenomenología del inconsciente" hay un breve paso (que se dio en más de una oportunidad) y que alertó a muchos sobre la desviación que estaba sufriendo la orientación.

Por otra parte, tampoco fue demasiado bien interpretado el aporte de las otras ciencias y, en particular, de la psicología -y con esto retomamos el asunto de la interdisciplinariedad-. Nada más claro en este sentido que las advertencias que Robert Mandrou realizara en su momento: "Al historiador no le sirve para nada lo que se entiende normalmente por psicología, que es una psicología con caracteres muy simplones. La psicología social es mucho más importante para el historiador... Pero también puede ocurrir que [el psicólogo social] no *sirva* en la medida en que algunos de ellos parten, implícita y explícitamente, del postulado de que lo colectivo es una simple adición de individuos".(23)

En efecto, uno de los mayores problemas a los que tuvo que enfrentarse la historia de las mentalidades fue el de la manera en que una creencia se relaciona con otras manifestaciones sociales y materiales (sobre todo, con estas últimas), que a la psicología sólo le ocupan en la medida en que puedan afectar a un *ego* (individual o colectivo) y no en su papel de transformadores de una realidad. En muchos trabajos seguía faltando, por tanto, esa vinculación mentalidad-vida histórica que se postulaba en la teoría pero se perdía en la práctica.(24)

Posiblemente fue esta comprobación la que impuso el viraje decisivo de unas mentalidades "psicologizadas" a unas mentalidades "antropologizadas" (o mejor habría que decir "etnologizadas"), viraje que buscaba reforzar esa relación con la cultura material y que se mantiene en la actual antropología histórica.

Todas estas circunstancias -que, repito, se manifiestan en más de un trabajo autotitulado de "mentalidades"- probablemente demostraron que la noción no era operativa y, por lo tanto, había que reemplazarla.

Ahora bien, si estos problemas llevaron a la crisis del calificativo de "mentalidades", no hicieron lo mismo con su esquema conceptual. Nada más ilustrativo al respecto que la teorización que hiciera recientemente Aaron Gurevic acerca de la "antropología histórica" -que comentamos antes-: si seguimos punto por punto las palabras de este autor, la "antropología histórica" no sólo resume la esencia de la historia de las mentalidades sino también su metodología y sus postulados fundamentales. Por tanto, quizás tampoco habría que suponer un "asesinato" de las mentalidades sino un "encubrimiento" conceptual con un nuevo nombre.

¿Tiene sentido, por tanto, hablar de un futuro de la historia de las mentalidades -como tal y no bajo otro rótulo-? Jacques Revel contestaba a esta misma pregunta hace unos años, afirmando que sólo podría suponerse tal porvenir si ella se

desembarazaba de dos "tentaciones heredadas de sus propios orígenes": por un lado, la idea de aislar lo mental de lo material -problema que, según acabamos de ver, fue a nuestro juicio uno de los motivos que impuso el rechazo del término- y, en segundo lugar, el hecho de "no ver más que la existencia de comportamientos culturales pasivos, amorfos, repetitivos -los de las masas- en oposición a la cultura consciente y meditada de las élites".(25) A estos dos postulados, yo me permitiría agregar un tercero: no ver más que una sola mentalidad en una época dada, creyendo que ésta es inmutable -cuando, en verdad, está dialécticamente relacionada a otras mentalidades-. Es decir, no sólo olvidar la relación entre mentalidades e ideología -señalada por Revel- sino la misma vinculación entre mentalidades.

En efecto, la historia de las mentalidades podrá continuar su trayectoria si subraya, a nuestro juicio, la pluralidad de su título. Si bien es cierto que existe una mentalidad común a Colón y a sus marineros -parafraseando a Le Goff-, también es cierto que hay una mentalidad propia al grupo socio-profesional al que pertenecía Colón y otra que reunía a sus marineros.

Por otro lado, tampoco debe olvidarse esa fundamental relación entre mentalidad e ideología. Toda mentalidad está sujeta a dichas construcciones ideológicas en un diálogo constante -sea para aceptar algunos de sus postulados, sea para rechazarlos-. ¿De qué otra forma pueden entenderse los cambios que sufre una mentalidad, que la llevan a modificar total o parcialmente sus premisas? Se me podría objetar que dicha relación sólo se operó en el Antiguo Régimen en determinados sectores sociales, promotores o receptores ávidos de las nuevas manifestaciones ideológicas. Sin embargo, creo que aquí se olvida el valor que pudieron haber tenido instituciones como la Iglesia o la misma vida comunitaria para difundir una nueva ideología y conseguir que ésta se convirtiera en una mentalidad. Un claro ejemplo de ello serían esos campesinos de Montailou -magníficamente descritos por Le Roy Ladurie-, atezados en un cruce ideológico entre cristianismo y herejía y viendo cómo se alteraba su mentalidad -repito, aunque no fuera más que para reafirmar antiguos conceptos-.

En síntesis, la historia de las mentalidades puede continuar su trayectoria si se deja de considerar como algo autónomo, aislado del entorno social que la crea y la sostiene. De hecho, hasta quizás sea preferible hablar de una "historia social de las mentalidades" -y con esto no quiero caer en esa moda terminológica que antes analizamos-. En tales condiciones, creo que se justifica ampliamente mantenerla como una orientación definida del quehacer histórico, con su título original y su trayectoria, no sólo por el valor conceptual que tiene sino por los resultados que puede aportar a la disciplina.

NOTAS

- (1) En particular, véanse los trabajos de este autor "La sensibilité dans l'histoire", en *Annales d'histoire sociale*, 1941; "Histoire et psychologie", en *Encyclopédie Française*, t. 8, 1938; "Histoire des sentiments. La terreur", en *Annales E.S.C.*, Nº 4, 1951.
- (2) DUBY, G., "Histoire des mentalités", en *Encyclopédie de la Pleiade*, t. 11, Brujas, 1961.
- (3) REVEL, J., "Génesi i crisi de la noció de 'mentalitats'", en *L'Avenç*, Nº 106, julio/agosto, 1987, pág. 14.
- (4) MANDROU, R., "L'histoire des mentalités", en *Encyclopédie universalis*, t. 11, París, 1989 -edición original de 1968-.
- (5) LE GOFF, J., "Las mentalidades: una historia ambigua", en LE GOFF, J. y NORA, P. (eds.), *Hacer la historia*, vol. 3, Laia, Barcelona, 1978-80.
- (6) Idem, pág. 92.
- (7) DUBY, G., op. cit., pág. 944.
- (8) DUBY, G., "Historia social e ideología de las sociedades", en LE GOFF, J. y NORA, P., (eds.), op. cit., vol. 1.
- (9) LE GOFF, J., CHARTIER, R. y REVEL, J. (eds.), *La nouvelle histoire*, Retz, París, 1978.
- (10) Idem, pág. 423.
- (11) VOVELLE, M., *Ideologías y mentalidades*, Ariel, Barcelona, 1985, pág. 19 -edición original francesa de 1982-.
- (12) BOUREAU, A., "Propositions pour une histoire restreinte des mentalités", en *Annales E.S.C.*, Nº 6, 1989.
- (13) Idem, pág. 1497.
- (14) LE GOFF, J., *El nacimiento del Purgatorio*, Taurus, Madrid, 1981. Véanse los comentarios a este libro que hacen: GUREVIC, A., *Las categorías de la cultura medieval*, Taurus, Madrid, 1990; MASSAUT, J.P., "La vision de l'au-delà au Moyen Age. A propos d'un ouvrage récent", en *Le Moyen Age*, Nº 1, 1985; MEGIER, E., "Deux exemples de 'prépurgatoire' chez les historiens. A propos de *La naissance du Purgatoire*, de Jacques Le Goff", en *Cahiers de Civilisation médiévale*, enero/marzo, 1985. Por mi parte, también he matizado las ideas de aquel autor -centrándome en el caso castellano- en mi artículo "Sobre el tiempo y el espacio de trasmundo en la literatura castellana medieval", en *Temas Medievales*, Nº 2, Buenos Aires, 1992.
- (15) DUBY, G., *L'histoire continue*, Odile Jacob, París, 1991, pág. 124.
- (16) Idem.
- (17) GUREVIC, A., *Historical Anthropology of the Middle Ages*, University of Chicago Press, Chicago, 1992.
- (18) Idem, pág. 4.
- (19) BALARD, M. (ed.), *L'histoire médiévale en France. Bilan et perspectives*, Seuil, París, 1991. El artículo referido a la "Antropología histórica" es debido a Jacques Le Goff y Jacques Berlioz (con la colaboración de Anita Guerreau-Jalabert), en tanto el de "Historia de las mentalidades religiosas" corresponde a André Vauchez (con la colaboración de Jacques Chiffolleau, Geneviève Hasenhor y Michel Sot).
- (20) LE GOFF, J., "Las mentalidades...", op. cit., pág. 91.
- (21) DUBY, G., *L'histoire...*, op. cit., pág. 120.
- (22) LE GOFF, J., "Las mentalidades...", op. cit., pág. 95 -el subrayado es mío-.
- (23) MANDROU, R., "Entrevista", en SADOUL, G. et al., *La historia, hoy*, Avance, Barcelona, 1976, págs. 273-274.
- (24) Tema sobre el que hizo hincapié en estos últimos años Iñaki Bazán en su trabajo "Historia de las mentalidades: una aproximación metodológica", en CASTILLO, S. (coord.), *La historia social en España. Actualidad y perspectivas (Actas del I Congreso de la Asociación de Historia Social - Zaragoza, setiembre, 1990)*, Siglo XXI-Asociación de Historia Social, Zaragoza, 1991.
- (25) REVEL, J., op. cit., pág. 18.